

NOTAS LINGÜÍSTICAS SOBRE EL MUNDO DEMONÍACO

Manuel ARIZA

Universidad de Sevilla

Resumen

El autor hace un recorrido por la historia de algunos términos relacionados con el mundo demoníaco: diablo, demonio, Belcebú...

Palabras clave: Historia de la Lengua, Diccionarios, Real Academia de la Lengua, historiografía, demonio.

Abstract

This paper gives an overall perspective of the array of terms related to the satanic world: Devil, demon, Belzebu...

Keywords: History of language, dictionaries, Royal Academy of Language, historiography, demon.

No es la primera vez que hablo sobre este tema. Hace dos años ya dije algo en mi artículo “Sexo, religión y política en el Diccionario de la Real Academia”. Empezaré diciendo que son muchas las cosas que sabemos del demonio. Una de ellas es que es vegetariano, pues es sabido que se le representa con patas de chivo y cuernos, y todos los biólogos saben que la pezuña hendida y los cuernos sólo aparecen en animales herbívoros. También sabemos que era muy tradicional haciendo el amor. Puede resultar sorprendente que un espíritu haga esas cosas tan *humanas*, pero no lo es si sabemos que uno de sus oficios es hacer que la gente peque para que se condene, y de sobra es conocido que el pecado por excelencia es el de la carne, no se sabe muy bien por qué. Claro, para poder hacer el coito –dicho sea en plan fino– el demonio debe disfrazarse de persona. Y entonces es cuando descubrimos sus aficiones. El Diccionario académico define la voz *súcubo* como *dícese del espíritu, diablo o demonio que, según la superstición vulgar, tiene comercio carnal con un varón, bajo la apariencia de mujer*. No ha sido nunca voz popular, de hecho parece que es latinismo introducido desde el Diccionario de Autoridades, aunque ya está en el diccionario de Sobrino de 1705; en latín simplemente significaba *el que se acuesta debajo de otro*, así es que el latinismo simplemente refleja lo que los académicos consideraban como la postura *normal*. Lo de comercio es lo que no entiendo mucho, ¿es que además cobraba? Por otra parte el demonio puede también disfrazarse de hombre y tener relaciones sexuales con una mujer, en ese caso es *íncubo*, que significa *el que se*

pone encima, como no podía ser menos. Así es que vemos que era muy tradicional en cuestión de posturas.

También sabemos que podían ser muy chiquititos. Recientemente Fernando Marcos Álvarez ha estudiado un pliego de cordel publicado en Sevilla en 1696. Uno de los romances, el tercero, trata de una endemoniada:

*En Cadiz, ciudad famosa
cuyos muros baña y cerca
el sagrado mar, vivía
una muger portuguesa.*

*Ella estava endemoniada
y hablaba en todas lenguas
en flamenco, en alemán,
latín y lengua francesa.*

.....
*Respondieron al conjuro
a cuya fuerza confiesan
aver cinco mil demonios
apoderados en ella.*

Ahí es nada, cinco mil.

Frente a Dios, que no tiene nombre propio –aunque se puede aducir que él mismo es un nombre propio, como dice la Real Academia–, su antagonista, por decirlo de alguna forma, tiene varios. Ya lo dijo Covarrubias (s.v. demonio):

Muchos nombres tiene el demonio, diablo, calumniator, Satanás, adversarius, Belial, sine iugo, Belzebu, dominus muscarum, Satanas, adversarius, coluber, tortuosus, Behemot, la gran bestia, Leviathan, i, cetus, vallena.

Hay algunos más, como Lucifer y Luzbel. No todos tienen el mismo nivel de difusión. De los que cita Covarrubias Belial y Behemot no parecen haberse usado en español, y Leviatán ha sido siempre muy literario. Satanás tiene la variante Satán, además de éstas se le ha dado denominaciones antonomásticas, como el Maligno.

El primero, Lucifer, significa *el que lleva la luz*, el segundo *luz bella*. Ambos hacen referencia, como es bien sabido, a su belleza cuando era un ángel, después, al parecer, salió rana, como se dice. Aunque los ángeles no tienen sexo, según es creencia generalizada, fijémonos que su onomástica es siempre masculina, lo que es una manifestación sexista sobre la que incomprensiblemente todavía nadie ha protestado. Pero sigamos con lo nuestro. Satán y Satanás son meras variantes del mismo nombre, de origen hebreo, que originariamente significaba *adversario, enemigo*.

Más compleja es la historia de Belcebú. Su etimología es Baal-Sebub, que significaba *el señor de las moscas*, y que originariamente era uno de los nombres del dios semítico Baal. Se discute sobre el porqué de esta referencia a los insectos, que no es única, pues los griegos de Olimpia también invocaban a Júpiter Apomyos *sacamoscas*. No es el momento de hablar de estos insectos tan molestos, y que en español ha dado lugar a expresiones como *mosquearse, tener la mosca detrás de la oreja, por si las moscas*, etc. El caso es que ya en la Biblia es un nombre que se aplica al demonio. Evidentemente no por las moscas, sino como nombre de una deidad *mala*. Es bien sabido, que para las religiones, los otros dioses son, además de falsos, malos. Leviatán es en el antiguo testamento un animal marino monstruoso, que para los que saben de estas cosas representa al demonio.

Demonio y diablo son voces de origen griego. El primero significaba *genio, divinidad inferior*, y el segundo *el que calumnia, el que siembra la discordia*. Según Corominas-Pascual fue más popular *diablo* que *demonio*, pues aquel no sólo aparece ya en las glosas, sino que es el término más general en la Edad Media; por el contrario este está ausente en muchos textos medievales; bien es cierto que ya se registra en Berceo, pero esto tampoco es significativo, pues –como es sabido– Berceo es el mayor introductor de cultismos en la historia del español. Hay más nombres, como Mefistófeles, que se popularizó a partir del Fausto de Goethe.

Hoy *estantigua* significa *procesión de aparecidos*, es decir lo que en Galicia se denomina *santa compañía*. El vocablo procede del latín *hostis antiquus* y ya Casiodoro a principios del siglo VI lo emplea para referirse al diablo, y así se emplea en la Edad Media, y con este significado lo conoce todavía Covarrubias, pero ya no el Diccionario de Autoridades.

Mengue, parece venir de la abreviatura del nombre de pila Dominicus, que en la Edad Media, e incluso más tarde, dio formas como Mengo, Mingo y de la que proviene seguramente *mengano*. García de Diego propuso la etimología *magicus*, pero presenta grandes dificultades fonéticas.

En el español de América hay otras denominaciones como *ayacúá* de origen guaraní, que se da en Argentina, *gualicho*, de origen mapuche, en Argentina, Bolivia y Chile, *candanga* en Méjico, o *mandinga*. Casi todas son voces aborígenes que perpetúan las viejas creencias indias, salvo *mandinga* que es de origen guineano, y que adquiere este significado no sólo en América, sino, al parecer también en Andalucía según Toro y Gisbert.

No acaban aquí las denominaciones del demonio, pues varios de ellos tienen nombres, como Asmodeo –*el destructor*–, que para los hebreos era el príncipe de los demonios, y al que Salomón obligó a trabajar en la construcción de su templo. En la tradición hispánica era un diablillo que levantaba el tejado de las casas para fisgonear, y en él se inspiró Vélez de Guevara para su obra *El diablo cojuelo*.

Finalmente se habla de Pedro Botero, generalmente haciendo referencia a sus calderas. No se sabe bien el porqué de esta denominación. Covarrubias dice ignorar el origen, aunque sospecha que *debía ser algún tintorero caudaloso que hizo qualque caldera capacíssima*. Correas por su parte sospecha de un rico hombre que llegó a ser maestro de Alcántara y que tenía, al parecer, la costumbre de cocer en calderas a los moros cautivos. Cosas de los tiempos.

Como es sabido el reino del demonio es el infierno, que el Diccionario de Autoridades definía como *el lugar de los condenados, que está en lo más baxo de la tierra o en el centro de ella*, parece ser que no, pero es explicable esa tradicional localización, puesto que el fuego que predominaba en el infierno se encuentra en el centro de la tierra, además, la expresión era *descender al infierno*; esta vieja definición ya en 1803 cambia por *lugar destinado por la Divina Justicia para eterno castigo de los malos*, sin que se diga dónde está, y finalmente en 1992 es *lugar destinado para castigo eterno de los que mueren en pecado mortal*, que es más acorde con las doctrinas de la Iglesia, porque los malos se pueden salvar si se arrepienten a última hora, como es bien sabido. Parece que sigue sin saberse dónde está el infierno, el cielo, por supuesto, donde siempre.

Eso de que el infierno esté en el centro de la tierra procede de la tradición clásica, y se corresponde a su etimología *inferior, lo de abajo*. Es palabra patrimonial de todas las lenguas romances. Metafóricamente se llama *infernillo* o *infiernillo* a la cocina eléctrica (Academia, 1925).

También el infierno tiene muchos nombres, aunque todos ellos poéticos, cultos y de introducción tardía, así ocurre con *tártaro*, que introduce Autoridades¹ como poética y que

¹ De nuevo la emplea Berceo.

es un grecismo del latín, como sucede también con *báratro*, que originariamente significaba *abismo*², pero que ya Plauto emplea con el significado de infierno, en español hay algún testimonio culto en el siglo xvii, y la Real Academia la recoge en 1770 como término poético; de la misma manera *erebo* es otro grecismo del latín, que en griego era el nombre de una divinidad infernal, hijo de Caos y hermano de la noche, pero que ya en latín pudo significar el infierno, en español la introduce Terreros y la Academia en 1927. De nuevo nos encontramos con un grecismo latino en la denominación de *averno*, que ya está en Covarrubias y en el Diccionario de Autoridades. Todos estos nombres, repetimos son cultos y poéticos.

El único que ha tenido una cierta vida es *huerco*, que llegó hasta principios del siglo xvi, alternando el significado de *infierno*, con el de *muerte*, ambos significados estaban ya en latín. En este caso no se trata de un cultismo, pues la diptongación nos indica una evolución tradicional.

A caballo –si se me permite la expresión– entre el cielo y el infierno está el limbo. Fray Hernando de Talavera³ habla del *limbo del infierno*. El caso es que al limbo iban los profetas antiguos y ahora quizá los niños no bautizados. Digo quizá porque parece que el Papa ha dicho que a lo mejor no existe, con lo que ya nadie puede estar en el limbo –menos mal que sí se puede estar en Babia y en la inopia–. Bueno, el caso es que limbo significaba en latín *límite u orla de un vestido*, por lo que este cultismo se empleó para el *límite* del cielo o del infierno. Es palabra que ya está en Covarrubias, como parte del infierno.

El demonio ha sido muchas veces una palabra tabú o casi, de ahí las deformaciones como *demontre*, *diaño*, *diantre*. Por otra parte se ha considerado como la antonomasia no sólo del mal, sino de la travesura: ser un demonio, un diablo, etcétera.

Una de las cosas que a mí me llamaban más la atención cuando era pequeño y aprendía las oraciones era una –no recuerdo cuál– que decía: *renuncio a Satanás a sus pompas y a sus obras*. Siempre me intrigaron las pompas de Satanás, porque por aquel entonces yo no conocía otras que las de jabón con las que los niños nos entreteníamos, dado que por aquel entonces no había gameboys, ni playstations, ni televisión, sólo ya de mayor, consultando el Corominas-Pascual –vicio apasionante, por cierto, y que todavía no es pecado– pude entender qué demonios –valga la redundancia– era eso de las pompas. Es un cultismo de finales del s. xv tomado del latín en donde significaba *reunión, procesión, cortejo*, y también *pompa, boato, magnificencia*.

No es esta la única sorpresa que nos depara la filología. ¿Quién no conoce la palabra *energúmeno*? Se trata también de un latinismo –aunque de origen griego– de fines del siglo xvi y que etimológicamente significaba *poseído por el demonio*, este era el significado que tenía en el Diccionario de Autoridades y sólo en 1914 se recoge el significado actual.

Si recordamos la película *El exorcista*, recordaremos que la pobre niña protagonista se comportaba efectivamente como una energúmena. Porque el demonio tiene eso: que a veces se mete dentro de una persona, que se endemonia y tiene que venir un exorcista. También esta voz es de origen griego, de verbo *juramento*, cuyo derivado *exorcismus* en latín significó *tomar juramento en nombre de Dios*. Y exorcista, claro, el que lo tomaba.

El demonio también tiene sus aliados en este mundo. No me refiero a las sectas demoníacas, sino a las brujas y brujos. No se sabe muy bien el origen de la voz, seguramente es

² El Báratro era un abismo del Ática por donde arrojaban los atenienses a los criminales.

³ Católica impugnación..., 1487, tomado del CORDE. Corominas-Pascual dan la fecha del siglo xvii.

prerromana y no tenemos testimonios de ella hasta el siglo xv, y casi cien años más tarde del masculino. Dice Covarrubias que es:

Cierto género de gente perdida y endiablada, que perdido el temor a Dios, ofrecen sus cuerpos y sus almas al demonio a truco de una libertad viciosa y libidinosa.

Dice más cosas, pero no hace al caso⁴.

La brujas y brujos se suelen reunir para hacer sus cosas en *aquelarres*, voz de origen vasco que significa originariamente *prado del macho cabrío*, de introducción tardía en el español –la primera datación que ofrecen Corominas-Pascual es Moratín.

Casi como sinónimo de bruja está la de *hechicera*. Dice Covarrubias que *hechizar es cierto género de encantación con que ligan a la persona hechizada de modo que le pervierten el juicio y le hacen querer lo que estando libre aborrecería. Esto se haze con pacto del demonio expreso o tácito*. Dice más Covarrubias, entre ello que

Este vicio de hazer hechizos, aunque es común a hombres y mugeres, más de ordinario se halla entre las mugeres, porque el demonio las halla más fáciles, o porque ellas de su naturaleza son insidiosamente vengativas y también envidiosas unas de otras.

Yo sé que esto es algo machista, pero es normal en la época. De todas formas hay un dato relevante, *hechicera* aparece en 1251 (Calila), pero *hechicero* no lo hace hasta 1400. La verdad es que a mí la voz *hechicero* sólo me recuerda las películas de indios.

La frase de Covarrubias de un *pacto expreso o tácito con el demonio* me recuerda el siguiente fragmento de Don Quijote, en el capítulo 25 de la segunda parte, con el mono adivino de maese Pedro. Habla don Quijote:

–Mira Sancho: yo he considerado bien la extraña habilidad de este mono, y hallo por mi cuenta que, sin duda, este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito o expreso con el demonio.

–Si el patio es espeso y del demonio –dijo Sancho– sin duda debe de ser muy sucio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios?

Hay otros seres relacionados con el mundo de los espíritus que no son exactamente brujas, como las *meigas* de Galicia o las *xanas* asturianas. La primera es derivado popular de *MAGICA*, es decir *magas* y la segunda de Diana, diosa de las fuentes y bosques. En español tenemos las *hadas*, que generalmente son buena gente, sobre todo si son madrinas y que incluso han dado lugar a un género de cuentos. Esta figura procede de los libros de caballerías, pues en la Edad Media la voz tuvo dos significados, uno de ellos derivado de su etimología –del latín *FATA*, plural de *FATUM*, que se aplicaba a las Parcas, acepción que llega al siglo xviii. Por otra parte –y continuando el significado de *FATUM*, es decir: oráculo, destino– pudo significar *predestinación*, de ahí el Tratado contra las hadas, compuesto en la primera mitad del siglo xiv y de atribución dudosa, que es una diatriba contra la predestinación. Esta voz está ya en Nebrija, pero con el significado de *parca*. Covarrubias nos dice que *los que escriben libros de caballerías llaman hadas a las ninfas o mugeres encantadas*. El diccionario académico sólo recoge el significado clásico de *adivina* y el también clásico de *parca*. Sólo en 1884 se define como *ser fantástico que se representaba bajo la forma de mujer y al cual se atribuía poder mágico y el don de adivinar lo futuro*.

⁴ Para las definiciones académicas de *bruja* y *brujo* remito a mi artículo ya citado.

El masculino *hado*, fado en la Edad Media, pudo emplearse con el significado *hado, destino* desde Berceo. El *fado* portugués se llama así porque canta el destino, generalmente desdichado, de una persona o de una relación. En fin, de la misma raíz proceden, *fatalidad, fatal* y *enfadarse*.

Dentro de este mundo hay otro tipo de gente que hace también cosas raras, como son los *magos*. No soy muy entendido en el tema, pero de esta voz, y de *magia* hay varias acepciones. Hay, por ejemplo, magia blanca y magia negra. La blanca es inofensiva, y es la que hacen los prestidigitadores como Tamarit, de la negra dice el diccionario académico:

Arte supersticioso por medio del cual cree el vulgo que pueden hacerse, con ayuda del demonio, cosas admirables y extraordinarias.

Ya Covarrubias hablaba de las dos acepciones de mago. Una era la de sabio o filósofo, y ponía de ejemplo los conocidos Reyes Magos; la otra se refería a *los que por arte mágica, ayudados del demonio, permitiéndolo Dios, hazen algunas cosas que parecen exceder a lo ordinario de la naturaleza*. Y pone como ejemplo a los magos del Faraón. La voz *magos* ya aparece a mediados del siglo XIII –en el Picatrix de Alfonso X–. En los Castigos y documentos del rey don Sancho se lee: *magos que quiere dezir sabidor en la ley de la mala sabiduría*. Por el contrario, el femenino no aparece hasta el siglo XV, lo contrario que veíamos en hechicera.

Una de las propiedades que tienen este tipo de gente –es decir: demonios, brujos y demás– es su capacidad para disfrazarse –fuera de los carnavales, claro. Así ya vimos que podían tomar la figura de hombre o de mujer– que debe ser lo más fácil, en el Paraíso terrenal sabido es que el demonio se disfrazó de serpiente, pobre bicho que desde entonces no ha levantado cabeza en cuanto a mala fama, y, por ejemplo, Berceo nos lo presenta disfrazado de toro, de perro y de león. Se trata del milagro 20, *el monje borracho*. El ejemplo es, como todo Berceo, maravilloso.

En él las denominaciones del demonio son: Diablo (465), traidor provado (466), cosa diablada (467), Pecado (468), falso alevoso (477), don falso traidor (479). El tratamiento de don es irónico, recordemos al respecto que del tratamiento de señor viene el so de so bestia, so ladrón, etcétera.

La descripción de cada animal es también portentosa, aunque no por ello menos tópica, el toro escarbando, frunciendo las cejas, con ira. Lo mismo cabe decir del perro: dando dentelladas, los dientes regañados, la mirada turbia, los ojos desorbitados. Más parco es en la descripción del león, del que sólo dice que es una bestia terrible y muy fiera –duda pudo significar en la E. Media, como en el latín, *periglio*.

La virgen a su vez, se nos presenta, como en otros milagros, como mujer de armas tomar, curiosamente con el toro parece como si le diese un pase con la falda del manto (469), después coge un palo y le da una paliza al león.

También se disfraza de Santiago para provocar el suicidio del romero en el milagro 8.

También aparecen los demonios en el ejemplo 2 El sacristán fornicario, y en el 11 El labrador avaro, en ambos los demonios luchan con los ángeles por llevarse el alma del pecador y en otros varios más. Berceo es un maestro en el arte de narrar, ya hemos visto cómo reacciona la virgen en el ejemplo 20, y la misma saña muestra en otros ejemplos, pero es también un maestro en el uso del lenguaje. No es el momento este de hablar de su estilo, pero sí señalar que posee una gran riqueza léxica, y eso se muestra en la variedad de nombres con los que se refiere al demonio. Además de Satanás y Belcebú, le llama huestantigua, guerrero antiguo, malos guerreros, diablo antiguo, enemigo malo, e incluso simplemente maliello. En el fondo guerrero antiguo es lo mismo que estantigua, la abundancia de *antiguo* es porque es el enemigo más antiguo, el de siempre.

En fin, la aparición del demonio en la literatura daría para muchas páginas. No me resisto a hablarles para acabar de las figuras del demonio en Álvaro Cunqueiro, cosa que era esperable dentro del mundo mágico de la fabulación del escritor gallego. En *Las crónicas del sochantre*, en el apéndice primero, hay una relación de los personajes que aparecen en la obra. En ella hay tres demonios: El principal es Ismael Florito, del que dice:

Demonio que vino de sastre a Cambray, y para quitarse unas molestias de espinazo que se le habían puesto en las alamedas de bajo tierra. Pasó en Polonia por portador de la peste bubónica. Compró el alma del coronel Coulaincourt de Bayeux en el patio de armas de Sedán, y cumplió siete años y un día de cárcel en Liverpool, por monedero falso. Quiere pasar de modisto a París, pues siempre fue muy aficionado a conversar con el mujerío.

Otro demonio es Salomón Capitán:

Demonio de negociado. Le había robado una valija al mayoral Clamot. Se supo por Ismael Florito que la prisa que tenía de encontrar la valija era grande, pues iban en ella las pruebas de que había sido castrado. Lo que era una merma. Tuvo por paje a Guy Parbleu. Bajó definitivamente, porque nada le salía a derechas, por súbito y bullanguero.

En fin, hablando del sastre Polaco dice:

Sastre muy entallador de casacas y muy famoso en ribetes de lazo, que vestía a toda la Satanía. En entalle de los demonios es arte mayor, porque cuando van vestidos traen el rabo de cinturón.